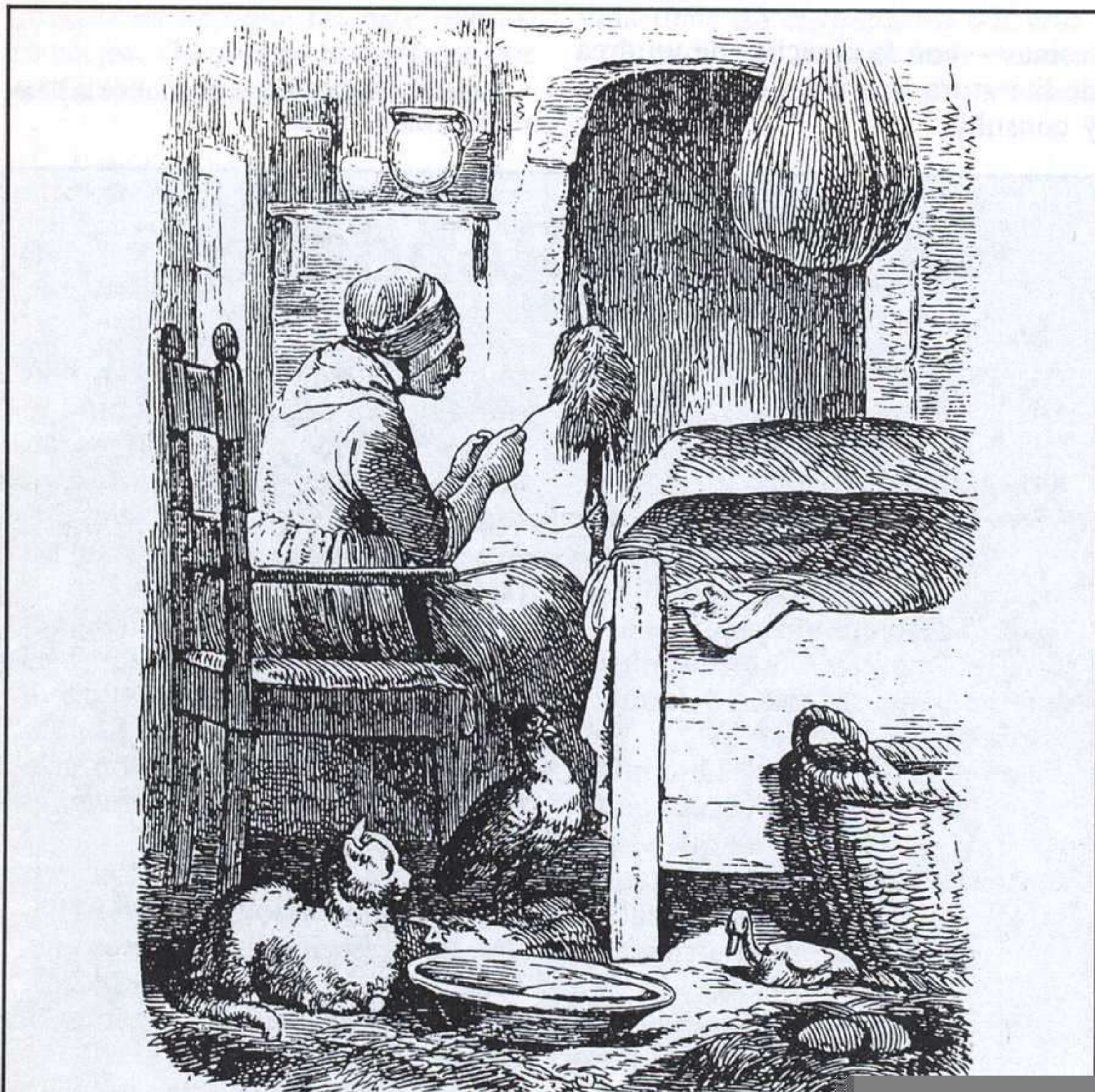


LOS CLÁSICOS

Andersen o la verdad de los espejos

por Paco Abril*



Andersen nos jugó una mala pasada al remitirnos a la verdad de los espejos. Para colmo, vinieron después una pléyade de psicólogos de las más diversas especies y echaron más leña al fuego al insistir tercamente en eso de las identificaciones, las fijaciones, el inconsciente y demás gaitas.

Uno, que no es psicólogo, ni falta que le hace, aprendió lo poco que sabe de los seres humanos y de sí mismo, no en los enjundiosos y prolijos tratados de los psicoanalistas, conductistas, cognotivistas o sindicalistas (bueno, éstos últimos no deben ser), sino que aprendió, digo, mirando y mirándose en los espejos de los buenos cuentos, de los buenos relatos.

Y así, escritores como Andersen, nos dejaron el reflejo hecho a la medida —traje que sirve para todas las tallas—, en ese Patito feo, por ejemplo, que sólo para muy pocos se convirtió en cisne.

(Por eso, a veces, me atrevo a recomendar tímidamente a mis amigos que, en vez de mirarse en los espejos, se miren en los cuentos. Menos mal que no me hacen caso.)



Andersen, narrador de cuentos.

Andersen, a la hora de contarse a sí mismo —como si no lo hubiera hecho sobradamente en sus cuentos— va y se inventa una autobiografía insípida, a pesar del almíbar que le puso. Un cuento de su vida que es, precisamente, el peor cuento de su vida. Habrá que perdonarle, claro está, este deslíz, esta máscara que nada oculta. A lo mejor todo fue una broma de este gran engañador, experto en camuflajes y disfraces.

Ya lo dijo Ana María Matute en la mejor semblanza que he leído sobre Andersen: «A despecho de tantas como llegó a recoger, y a crear, *Ala de cisne* (Andersen) sólo narró una sola historia: la suya propia.» Esa que está en todos los cuentos y que se elude y desvanece en *El cuento de mi vida*.

Valga este largo circunloquio para hablar de mi relación personal con Andersen. Mi encuentro con este es-

critor se produjo, a despecho del tiempo, cuando, insistentemente —una vez por exigencia de la televisión y otras de un periódico—, me vi obligado a entrevistarle.

De nada sirvió el detalle del fallecimiento del escritor. Me dijeron textualmente que si quería prosperar en esta profesión lo primero que debería hacer es no poner disculpas banales cuando se me encargara un trabajo. De modo que no discutí lo indiscutible y, como no sabía que era imposible, lo hice; como tantas y tantas veces me ha ocurrido en esta ajetreada vida. Me encontré con Andersen donde uno suele encontrar, sin buscarlo, tanto lo más sorprendente como lo que más abomina, esto es, en el otro lado del espejo. Allí estaba, «siempre perseguido por el hada de la Desgracia». Allí estaba, siempre tan insatisfecho: «Adonde quiera que vaya, mi corazón siente que algo le falta; an-



PEDERSEN-FRÖLICH, CUENTOS COMPLETOS, MADRID, ANAYA, 1989.

sí algo mejor que lo pasajero; sí, algo mejor, ¿pero dónde está y qué es?».

No lo sabía y no lo supo nunca, pero deseaba la inmortalidad. «Mis cuentos han ido de boca en boca —se lamentaba— sin embargo, nadie sabe quién ha sido su autor». Y había algo más: haber sido, sobre todo, un escritor para la infancia le hacía sentirse un escritor menor. «Bagatelas», llamaba despectivamente a sus cuentos en los momentos sombríos. Quería haber quedado para siempre prendido en las memorias de las gentes y fue a caer en los brazos del hada del Olvido. Ni el honor ni la fama que llegó a alcanzar en vida aliviaron su gran frustración.

No pudo recibir en su casa, ni siquiera de visita, a «La enviada de la Felicidad», porque la felicidad es ese sorprendente estado al que se llega cuando uno consigue estar satisfecho consigo mismo. ■

*Paco Abril es coordinador de las bibliotecas de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Gijón (Asturias).